

Homenaje a la memoria del doctor Raoul Fournier

I. PRESENTACION

IGNACIO CHÁVEZ-RIVERA*

La Academia Nacional de Medicina viene esta noche, en ceremonia solemne, a rendir homenaje a uno de sus miembros más ilustres, el maestro Don Raoul Fournier, y a develar el cuadro con su efigie en la galería de sus ex-presidentes.

Es este uno de nuestros hombres forjadores de ciencia perteneciente a una privilegiada generación médica, que surgida alrededor de los años 20 del presente siglo, determinó la brillante transformación de la medicina mexicana, para llevarla al honroso puesto que ahora ocupa.

Esos años coinciden con el gran estallido social que desencadenó la revolución mexicana de 1910 y cuya violenta etapa armada finaliza por esa década para dar paso a la paz y el progreso en muchos órdenes. La medicina mexicana era, por ese tiempo, la misma de principios de siglo, atrasada en lo doctrinario y cargada de carencias. No neutraliza este hecho el que existieran contadas figuras de viejos maestros que la representaban con dignidad. El panorama genérico era sin embargo de atraso y de pobreza material.

* Académico titular

Presentado en sesión extraordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 30 de agosto de 1985

De esa gran convulsión social, que libera al mexicano de ataduras feudales y abre la puerta para la irrupción tumultuosa de nuevas ideas sociales, arropadas con un sano nacionalismo y un fondo cultural fincado en el aprecio y la búsqueda de los valores de lo mexicano, proviene también una reforma científica que va a transformar en poco tiempo a la medicina mexicana. Para fortuna del país existía el joven grupo médico de excepción que se decide a abrir paso a las nuevas ideas en afán de cambio, mediante la lectura de actualización apasionada, la discusión y revaloración de las doctrinas, la investigación dentro de sus posibilidades y el tránsito por el pesado camino de la autoformación.

Se inicia entonces la etapa de las especialidades, en la incapacidad ya notoria al médico de entonces de poder abarcar la medicina entera. Así, surgen con rapidez los jóvenes maestros. Con ímpetu que quema etapas, aparece con ellos la renovación briosa, la que fue posible no sólo gracias al talento sino a la mística puesta en el trabajo, marcada en un entusiasmo general contagioso. Destacan en este grupo de innovadores Ignacio Chávez, Abraham Ayala González, Aquilino Villanueva, Raoul Fournier y Salvador González Herrejón, todos ellos agrupados en el Hos-

pital General, que actualmente se prepara a cumplir sus ochenta años de vida. A su alrededor, a lo ancho de una década, tanto ahí como a otros niveles se forman grupos, de los que a su vez saldrán a corto plazo nuevos jóvenes maestros, rodeados de ayudantes entusiastas, y cuyos nombres, también ilustres en la medicina mexicana, me abstendré de citar, temeroso de incurrir en olvidos y por no pretender estas palabras el ser detalladamente analíticas de esa rica etapa de la historia médica de México.

En momentos tales, Raoul Fournier inicialmente modulado por las destacadas figuras de Gastón Melo y Manuel Gea González, se forja un nombre y un prestigio propios y pronto jefatura un servicio. A través del camino del catedrático y del médico académico, pasa a la categoría del maestro ocupando luego la Dirección del Hospital General, y la de Presidente de esta Honorable Academia para rematar en la de Director de la Facultad Nacional de Medicina durante un periodo inusual de 8 años.

Es al hombre de esta brillante carrera académica modificadora del medio al que hoy venimos a rendir homenaje. Pero homenaje tal sería incompleto si en él tan sólo valoráramos al hombre de ciencia, olvidando destacar sus demás facetas, ricas en personalidad humana.

A la alta calidad de los Académicos José Campillo Sainz, José Laguna y Jorge Soni ha sido encomendado el análisis de su obra. Sin irrumpir en su función, he querido sin embargo compartir el honor de asociarme y participar con esta presentación en su ceremonia, porque a él me ligan recuerdos provenientes más bien de mi niñez y juventud. No tuve durante mis estudios de medicina la ocasión de haber abrevado en su cátedra, ni posteriormente de haber trabajado a su lado, pero ello no me impide percibir la radiación de su rica personalidad. Porque en él, aparte de sus logros médicos destaca con brillo una personalidad especialmente atrayente y fuera de lo común.

Era él el ingenio vivo, la permanente sonrisa, la ironía fina y certera, en cuya burla o sarcasmo, de quien dá a entender lo contrario de lo que se dice, está simplemente el talento, que no la virulencia hiriente que en otros lleva consigo la ironía del amargado. Más que crítico era un imitador ingenioso de las gentes, a través de la mímica, el gracejo alegre, la actuación simpática sujeta a risas. Pero hay algo fundamental que hacía de él no el simple hacedor de chistes, personaje que a veces conlleva vacuidad intrascendente, y ese algo era su muy amplia cultura, la que tenía raigambre en el cultivo de la historia, la filosofía, la literatura, la poesía, la pintura, la música, y el teatro. Fue ella quien le permitió incursiones lite-

rarias publicadas. Fue además la suya una cultura no sólo extranjerizante, así fuera elegantemente europea o finamente afrancesada, sino una con sello muy mexicano. Hijo del Director del Liceo Fournier en el México de principios de siglo, quien era de ascendencia francesa, rodeado en su vida de un ambiente familiar de cultura y simpatía, por un tiempo joven médico estudiando en París, es de apreciar con elogio su gusto y su amor por explorar y exaltar la vasta tradición artística de lo mexicano. Esa su personalidad, de ser ameno, ser ingenioso, ser relajado, le permitió hacer amigos, constante y permanentemente, así como el ser culto le permitió atraerse, aparte de la simpatía, el respeto de mentes superiores no entusiastamente interesadas en la simple comicidad. A este respecto bastará observar hasta donde caló esta personalidad suya permitiéndole mantener una sólida amistad en mentes tales como las de Don Jaime Torres Bodet o Don Manuel Martínez Baez, para solo citar algunos, a juzgar por los juicios expresados por ellos que aparecen en el libro que fue editado con motivo de su jubileo profesional. Así, creó amistades entre todos los que lo conocieron, fueran médicos o no, científicos o personalidades de la cultura y de las bellas artes. Fue amigo en fin, tan del hombre del alto intelecto o la alta sociedad, como del personaje común y sencillo, urbano o campesino. A su vez, esta simpatía personal con su sello cultural fue para su clientela un factor magnético en el trato para con el paciente, utilizada en la comprensión de sus problemas, en el consejo amable o en la orientación adecuada, alejándose del cientificismo frío y dogmático y en una palabra intentando curar el alma cuando no le era posible curar los males del cuerpo.

Por autoconvicción siguió su camino entusiasta al lado de la medicina y de los enfermos hasta los últimos años de su vida. Fue la suya una vida de éxito y una vida plena. En ella destaca con perfiles muy propios y presencia sutil, la figura talentosa, cultivada y distinguida de Carito, su esposa de toda una larga vida y su apoyo de toda una vida larga en éxito y plenitud.

Para las generaciones médicas actuales, ricas en conocimientos modernos y actuantes dentro de una satisfactoria infraestructura médica que nos legaron nuestros mayores, figuras tales deben ser símbolo permanente y luminoso, ya no considerándolos como simples pioneros sino como los constructores de caminos y como los vencedores de él mediante su esfuerzo.

La Academia Nacional de Medicina se inclina hoy respetuosamente ante la figura ilustre de Don Raoul Fournier.

II. EL ACADÉMICO RAOUL FOURNIER EN LA MEDICINA MEXICANA

CARLOS CAMPILLO-SAINZ*

Dentro de las cosas gratas que nos depara la vida, ninguna hay comparable al encuentro venturoso, trocado a poco en sólida amistad, con quien lleva en sí notas humanas de excepcional calidad.

Una y otra vez me congratulo por haber tenido la fortuna de disfrutar la amistad que Raoul Fournier me brindó sin reservas por largos años hasta el fin de sus días. Invariable y auténtica esa amistad transparente nunca se vio empañada por la más leve sombra; encontré siempre en ella aliento en el esfuerzo, consuelo en la tristeza y eco en las alegrías. Raoul Fournier carísimo amigo, fue además de maestro y consejero, compañero fraternal en los diarios avatares de la vida.

En gracia a este título mío, tan gratuito como honroso, cuyo general reconocimiento tanto me enorgullece: "Carlos Campillo amigo de Raoul Fournier" se me ha conferido el singular privilegio de hablar a nombre de la Academia en este homenaje. Ciertamente, sólo bajo tal amparo puedo atreverme a acometer la empresa de llevar al plano objetivo vivencias y recuerdos necesariamente matizados por la percepción subjetiva de la emoción y del afecto.

Difícil tarea es decir a los demás lo que de un ser querido debe decirse. Ni siquiera es válido acudir al fácil expediente de la supuesta descripción neutral. En efecto, ya la sola selección de lo descrito implica un juicio de valor, ¡y qué difícil es enjuiciar justamente a nuestros semejantes! No digamos a aquellos por quienes sentimos menosprecio e incluso hostilidad sino aun, repito, a los seres queridos. Mientras más cercanos, más próximo el enfoque y más deformada la perspectiva. Por eso somos tan malos jueces de nuestros hermanos y esposas, de nuestros padres y de nuestros hijos.

Quisiera, por tanto, colocarme en la distancia justa para tener apropiada perspectiva. Muchos, muchísimos recuerdos acuden a mi memoria, busco y rebusco entre ellos aquellos rasgos sobresalientes o alguno en particular que englobe a los demás y pueda plasmar con trazo fidedigno la rica personalidad de Raoul Fournier. El mismo me dio la clave hace ya más de

treinta años, cuando influido por el pensamiento de Erich Fromm, que tan honda huella dejó en su existencia, empezó a hablar de algo cuyo pleno significado se condensa en un sola palabra: Biofilia. Aquellos de nosotros, sus discípulos, que escuchábamos con atención sus reflexiones sobre lo que nos parecía atractivo y novedoso concepto, pronto caímos en la cuenta que era él quien lo encarnaba por entero. Biofilia: amor por la vida en todas sus manifestaciones y en todas las circunstancias y por los seres vivientes racionales e irracionales, incluso por cuanto nos rodea en este universo del cual el hombre es amo y señor. La exaltación del hombre principio y término de nuestros afanes, ya que biofilia por encima de todo es homofilia, resuelta plenamente en su expresión más alta: el humanismo.

No se trata en Raoul Fournier de una simple actitud, sino de un elemento constitutivo que fincado en lo profundo de su humana estructura, la configura e imprime un sello propio a su vida y a su obra. La suya es, en consecuencia, una personalidad biofílica y como otras tantas facetas de la misma, Raoul Fournier es médico, humanista, maestro y amigo con rebosante alegría de vivir que va sembrando a raudales por su camino.

Médico nato, regía el ejercicio de su arte por la doctrina hipocrática, uno de cuyos aforismos escritos en latín con grandes caracteres presidía la entrada de su consultorio en la calle de Londres: *vita brevis, ars longa, occasio proceps, experientia fallax, iudicium difficile* (la vida es breve, el arte largo, la ocasión pasajera, la experiencia falaz, el juicio difícil).

Al evocar ahora esa inscripción siento mi ánimo conmoverse del mismo modo que cuando por cosa de seis años fue salutación cotidiana de la tarea que generosamente me encargaba, colaborando en su práctica privada, ese médico extraordinario. Lo fue, en efecto, del cuerpo y del alma para cuyos males cuando no logró cura, procuró siempre alivio. Experimentaba por los sufrimientos de sus pacientes genuina simpatía, al tiempo que en su esfuerzo por remediarlos encontraba poderosos motivos de complacencia. Y así convertía su trabajo en actividad placentera; muy lejos del aburrimiento y el cansancio, el tiempo que dedicaba con largueza a cada enfermo le deparaba nuevas experiencias médicas y humanas. Estas experiencias nuevas, más las muchas que ya traía consigo, las vertía con prodigalidad sobre sus oyentes, aprovechando una pausa que al caer la tarde deslizaba sabiamente entre una y otra consulta. Por aquellos años, al final de los cuarenta, éramos dos sus ayudantes más cercanos: Armando Treviño, de cuya trágica muerte prematura el maestro se dolía siempre al recordarlo y el que habla, para quien esas charlas vespertinas son aún precioso bagaje porque en ellas como El Campanero de López Velarde... "hacia la narración de mil virtudes... y hablamos de la vida y de la muerte..."

*Académico titular.

Muchas y muy destacadas, sus actuaciones profesionales resultaban de una feliz conjunción de factores: el gesto y la palabra oportunos, la nota de fino humor cargada de optimismo y el agudo sentido del diagnóstico.

Este último era otro de sus dones; con exquisita sensibilidad recogía los datos sensibles del enfermo y sin excesivos estudios de laboratorio y de gabinete, sólo con aquéllos le bastaba para emprender el proceso mental de síntesis que le llevaban a identificar con certeza el trastorno patológico.

A continuación, la terapia, ya iniciada desde el primer contacto con el enfermo, la completaba echando mano de variados recursos medicamentosos: los viejos y los nuevos. Fórmulas magistrales de bien probada virtud y productos de patente, que habían resistido la prueba del tiempo, constituían la parte clásica de su arsenal terapéutico. En cuanto a los medicamentos nuevos, solía decir de ellos que eran útiles y debían de usarse mientras no pasaran de moda. Consecuente con este punto de vista combinaba los de uno y de otro grupo con singular pericia.

Si bien había mucho de sapiencia y de talento en aquel elaborar diagnósticos correctos e instituir tratamientos eficaces, no menos contribuía a ello la facultad asombrosa que Raoul Fournier tenía de penetrar con visión profunda en el interior de los seres humanos saludables y enfermos. ¿Ojo clínico, intuición Médica? Tal vez algo había de eso; pero denotaba una vez más el interés real y permanente por lo humano entendido no en abstracto sino materializado en la entidad tangible del hombre que siente, piensa y espera bajo la amenaza constante de la enfermedad y de la muerte. Raoul Fournier luchó infatigablemente por conjurar esa amenaza. Su causa fue la causa del hombre y la medicina que ejerció, la única digna de ese nombre: la medicina eterna en la cual creemos y a la que nos consagramos con fervor siguiendo su ejemplo.

La personalidad biofílica de Raoul Fournier se reflejaba también en la decidida vocación de maestro que cumplía en la cátedra y fuera de ella, formal e informalmente, de palabra y de obra al proponérselo y aun sin proponérselo, porque obedecía a una exigencia casi fisiológica tan imperiosa como respirar el aire que vivifica.

Esa labor educativa abarcaba la medicina y muchas cosas más, todas plenas de sentido humano. Por ello al evocar su nombre decimos con reverencia: Maestro. Así lo conocen muchas generaciones de médicos y lo conocerán las venideras. Con este título ha trascendido el tiempo presente dejando a guisa de precioso legado para beneficio de futuros discípulos, partículas luminosas de su propio ser que al cobrar en aquéllos nueva vida, hacen que la suya se prolongue y siga siendo fecunda.

¿Qué decir del Maestro Raoul Fournier en relación con la cultura y el arte? En primer término que representaba al hombre culto por excelencia, no al de erudición libresca con la mente repleta de datos inconexos, sino al que sabe destilar los conocimientos por separado, los fundamentales de los superfluos. Dejando atrás el papel de científico para asumir el del sabio que percibe las limitaciones de los conocimientos en lugar de sus alcances. Para acercarse a la tesis socrática según la cual se es sabio no por lo que se sabe, sino por saber que no se sabe.

Con insaciable curiosidad se asomaba a los campos más variados del saber para extraer aquellos elementos de síntesis que le permitían entender el mundo y transitar por él con paso firme. Su mentalidad universal abierta al cambio admitía lo nuevo sin desechar lo permanente; y enderezaba sus pasos por los senderos que le trazaba un pensamiento original, fue cnemigo declarado de fórmulas estereotipadas, vacías de contenido. Debido a estos atributos dejaba reformas e innovaciones por cuantos caminos recorría; en esta Academia, en la Facultad de Medicina, en el Hospital General, etc.

Ya lo decía, minutos antes, que merced a estas cualidades y a su personalidad biofílica, fue excelente médico e insigne maestro. Y también esa biofilia alimentaba su ansia por llegar a la aprehensión del ser en su entidad ontológica que lo descubre a nuestra mente como verdadero, bello y bueno. En Raoul Fournier los valores de bondad, verdad y belleza reflejan, como las tres caras del mismo espejo, proyecciones distintas de un todo indivisible. Por ser inseparables estos valores, juntos hacen resaltar cada uno de los perfiles de su personalidad. Los de médico y maestro se configuran en la síntesis armónica del hombre bueno y culto con el artista. A este último, al artista, voy a referirme brevemente. De una manera general -sin llegar al fondo del concepto- entendemos por arte la obra del hombre que se define por ser expresión de la belleza y calificamos de artista tanto al creador de esa belleza como a quien frente a ella es capaz de vivir con emoción estética. En cualquiera de los dos casos, el verdadero artista dirige sus empeños al propósito de verse rodeado de cosas bellas que hagan amable y deleitosa su existencia. Poco a poco irá creando en torno suyo una atmósfera sutil cuya tonalidad definitivamente artística sea capaz de matizar hasta los más intrascendentes de sus pensamientos y de sus actos. Será entonces el arte de trabajar y de holgar, de meditar y conversar, de sufrir y gozar, de sentir y de pensar, en una palabra: el arte de vivir. Raoul Fournier fue artista precisamente de esta manera.

Llegado a este punto también quiero hacer mención de Carolina Amor de Fournier, de Carito, como le decimos quienes le profesamos afecto y sabemos

que el talento y la finura son sus atributos distintivos. Carito es digno complemento de la figura de Raoul Fournier. Gentil esposa y compañera ejemplar, fue también su mejor colaboradora, ya en el campo profesional, como bien lo prueba su labor al frente de La Prensa Médica Mexicana, ya en los terrenos de la cultura y del arte, en los cuales las inquietudes de ambos coincidían plenamente. Todo ello se reflejaba en su casa de San Jerónimo, modelo de hospitalidad y de buen gusto.

Una vida en común implica compartir lo dulce y lo amargo: Carito supo estar a la altura en cada una de esas situaciones opuestas. Y ahora sigue compartiendo la parte destacada que le corresponde en este homenaje.

Sólo me resta una reflexión final: Raoul Fournier continúa estando entre nosotros con realidad tangible. Presente desde su nuevo sitio tendrá una visión panorámica que le permitirá seguir los acontecimientos de nuestra corporación. Desfilarán ante él muchas generaciones de académicos. Escuchará atentamente presentaciones y debates, ora impresionado ante los nuevos avances de la medicina, ora con desasosiego al ver que esos avances se cargan en demasía sobre la parte tecnológica y poco sobre la doctrina, que exaltan el dato particular a expensas de la concepción general, que estudiar al hombre con enfoque biológico exclusivo hace imposible entenderlo en su totalidad.

Será entonces cuando nabie el maestro para repour lo que tantas veces le escuchamos: "los componentes biológico, psíquico y social se conjugan para hacer del hombre un todo armónico. Este no puede fragmentarse ni tampoco la medicina que lo estudia. Y la medicina ¿a dónde va? ¿en qué consiste su progreso? ¿y cuál es su fin último? El avance en una sola dirección no es progreso, tampoco la búsqueda del conocimiento por el conocimiento mismo, mucho menos el desarrollo de la técnica sin el sustento de la ciencia. La medicina cumplirá su finalidad cuando sea capaz de hacer a los hombres mejores y más felices"

Tal vez en ese momento Raoul Fournier piense que la respuesta está en el fondo de nosotros mismos y evocará su propio caudal de optimismo y la vocación de servir a sus semejantes con todo el ímpetu de su personalidad biofísica.

Este es el legado de Raoul Fournier, esta su lección permanente.

III. EL ACADÉMICO RAOUL Fournier EN LA DIRECCIÓN DE LA FACULTAD DE MEDICINA

JOSÉ LAGUNA*

El Dr. Raoul Fournier fue Director de la Escuela Nacional de Medicina y Director de la Facultad de Medicina de la UNAM; lo primero de 1954 a 1958 y lo segundo de 1958 a 1962. Este tránsito representa una de las acciones más importantes realizadas por el maestro Fournier en su gestión directiva. Al crear la división de graduados del plantel, la vieja Escuela Nacional se convirtió en Facultad y legitimó actividades anteriores que a partir de ese momento se pudieron formalizar en el otorgamiento de grados académicos de maestrías y doctorados, como los más eficaces instrumentos de la enseñanza superior y de la investigación científica. A más del tradicional programa de residencias y lo que entonces constituía la esencia de la educación continua que eran los cursos monográficos, de divulgación y de adiestramiento práctico. Se iniciaron los cursos en diversas disciplinas básicas o clínicas, con planes de estudio de dos a tres años de duración, conducentes a la obtención de los grados de Maestro y Doctor en Ciencias Médicas. Esta es una de las grandes aportaciones del Maestro Fournier; otras muchas que hizo las deseo analizar brevemente, a más de 25 años de distancia de una época pródiga, en la revolución educativa que se produjo durante su mandato.

A mí en lo personal, en mi carácter de profesor e investigador en una disciplina básica, la bioquímica, me sorprendió la decisión con la que el maestro estableció una estructura de tipo departamental en la escuela de medicina. Podemos relacionar este hecho al hito en la educación médica establecida por Flexner en el año de 1910, punto de referencia para el proceso educativo en medicina en la mayor parte del mundo occidental: el maestro Fournier hizo que nuestra escuela diera un enorme salto de 50 años al adoptar una estructura departamental y su consecuencia más importante el inicio del reclutamiento y la contratación del grupo inicial de profesores de tiempo completo, pioneros de la ciencia en nuestro medio. El interés expresado por el maestro Fournier al reforzar las bases científicas de la medicina apuntaba a la esperanza

* Académico titular.

de que "se formen los alumnos con mayor curiosidad, con capacidad para apreciar los principios científicos y con un desarrollo adecuado de los hábitos de auto-educación, esencia misma del aprendizaje permanente y constructivo". En otras palabras, el maestro Fournier permitió materializar bases científicas que deben sostener el cuerpo de la doctrina médica.

Las actividades en cualquier campo del quehacer humano dependen del nivel de capacitación de los individuos que deben realizarla. La cantera inagotable de talento en una universidad son los jóvenes entusiastas, generosos e incansables que pretenden hacer de la ciencia su modo y su estilo de vida. En esa época se dieron facilidades para incorporar y reclutar un grupo importante de profesores e investigadores. En un sistema tutelar de contacto estrecho entre maestros y alumnos se dio el cambio para formar lo que en estos últimos 25 años en distintas ramas constituye un brillante conjunto de investigadores de prestigio internacional. Fue una época importante, faltaba experiencia y recursos pero la dedicación y el amor por la ciencia suplían con creces todas las carencias.

El cambio de la estructura se dio en forma paralela con un proceso de unificación del plan de estudios con el fin de equilibrar las distintas asignaturas, el contenido de las mismas, sus relaciones entre ellas, su trascendencia para la tarea clínica, finalidad absoluta de todas las actividades de una facultad

El maestro Fournier solía decir que la dispersión programática y la falta de correlación habían sido el principal motor para realizar lo que "considero imposible... hacer la enseñanza de la medicina como un todo". El maestro Fournier libró una batalla contra la separación y la desintegración curricular, contra la adición de nuevas materias con "temas que suenen a nuevos", contra los "poliespecialistas ya que los maestros de las especialidades están convencidos de que el estudiante no debe salir de la escuela sin haber cursado su especialidad". El maestro Fournier señaló que lo que se necesita "para cambiar esa metodología estacionaria es, por un lado, unificar la enseñanza, hacer de los conocimientos médicos un todo y, por otro lado, tener un currículum completo, ni dilatado ni escaso

Lo que sigue es revelador del avanzado pensamiento que dominó en ese momento la facultad. Decía el maestro: "... es necesario desenvolver la mente del estudiante y llevarlo a considerar que su profesión tendrá que ejercerla con seres humanos, con problemas familiares, sociales y socioeconómicos, lo que no puede lograrse manteniendo un currículum de materias disgregadas... se debe hacer medicina integral, medicina humanística; reforzar... la medicina preventiva, la medicina social, la psicología... llevar al alumno del estudio del individuo y de la colectividad sana hasta el individuo y la colectividad enfermos".

Estos conceptos nos suenan ahora familiares, son los que en la actualidad sustentan la doctrina de la

medicina familiar, de la estrategia de la atención primaria, del compromiso de los gobiernos y las sociedades para garantizar como dice el lema de la OMS "Salud para todos en el año 2000"

En las bases que movían la unificación de los planes de estudio identificaba el maestro Fournier como el eslabón más importante de cuidar, el del maestro, no mero transmisor de información y conocimientos, no dispensador de metodologías sino individuo completo e integral, cuya gran tarea es dar ejemplo, propiciar el trato humano, proveer una perspectiva superior ante los problemas de la biología y de la vida. En consonancia con estos conceptos, el maestro Fournier pidió a los alumnos al implantar sus nuevos planes educativos que dejaran de ser receptores pasivos y se convirtieran en "el elemento más activo de la Universidad, poniendo de su parte todo su espíritu dialéctico, razonador y productivo"

La esencia de la enseñanza de la medicina es la enseñanza de la clínica, probablemente uno de los renglones más vulnerables en nuestro medio desde hace varias décadas. Las raíces de los conflictos se encuentran en la gran diversidad de problemas de salud, la escasa participación de la sociedad en el cuidado de su propia salud, la falta de recursos y las profundas divisiones sociales que caracterizan nuestra cultura nacional. También intervienen ciertos ingredientes populistas y políticos que a menudo han orientado el quehacer educativo, las reglas de admisión y de promoción y hasta el propio nivel académico. Sean cuales fueren las razones, la situación crítica de ineficiencia del proceso educativo en la clínica, se ha sentido especialmente a partir de los años cincuenta, después de la segunda guerra mundial. Aunque muy ilustres, eran pocos los profesores que impartían la cátedra; su enseñanza se basaba en demostraciones ante varias decenas y hasta un centenar de alumnos. Los pilares eran el hospital, el enfermo encamado; la patología orgánica, la gravedad del caso y el enfoque individual y curativo. El planteamiento del doctor Fournier fue de alta sencillez: lograr una participación más activa y tratar a toda costa de establecer una relación personal entre el alumno y el maestro. Se fundaron los llamados en aquella época "grupos piloto" que a más de propiciar el trabajo personal del alumno tanto por lo que se refiere al diagnóstico, al tratamiento y al seguimiento del caso, terminó con una vieja tradición educativa, la de las clínicas médicas y quirúrgicas que constituían dos cátedras independientes. El maestro Fournier asentó que la clínica es una sola ya que "no hay un proceso especial para estudiar médica o quirúrgicamente a un enfermo, pues la única variante la establece el procedimiento terapéutico seguido que unas veces es médico, otras quirúrgico y otras más, combinando ambos; el enfermo se estudia de manera integral médica, quirúrgica, psicológica y socialmente

Cierto es que continuó imperando la enseñanza por especialidades pues los cursos siguieron impartiendo alrededor de las diversas disciplinas clínicas pero hubo mayor dedicación en tiempo y se pensó en ese momento que el sistema de educación "en bloque" permitía la concentración del individuo en un solo objetivo y que los tópicos diversos que inciden en el diagnóstico y el tratamiento se vieran en una forma unificada.

Se logró en esa época un gran progreso en lo que se refiere al proceso de la evaluación del rendimiento educativo: lo que importaba era el desempeño del estudiante, su cumplimiento cotidiano, su asistencia constante, la adquisición de destrezas valoradas por los profesores que permanecían largas horas cerca de los estudiantes. A un cuarto de siglo de dichos enfoques, debemos reconocer que le entregaríamos malas cuentas al doctor Fournier si nos requiriera el adecuado cumplimiento de esos principios. En los últimos años las inscripciones masivas y los compromisos profesionales de los médicos-profesores han terminado virtualmente con este enfoque personal y en buena parte hemos regresado a las clases teóricas, las majestuosas conferencias, los exámenes masivos de opción múltiple y, en suma, a la despersonalización del proceso educacional.

Una ganancia que ha perdurado de esa reforma educativa iniciada por el maestro Fournier es la de la orientación de la enseñanza a los problemas reales de la práctica médica, lo que en la terminología moderna podríamos llamar el enfoque epidemiológico. Así, hay una preocupación en casi todas las clínicas de manejar, con fines docentes, los padecimientos frecuentes y curables que se ven en la consulta ambulatoria o que son casos agudos de hospitalización. En segundo término, los ejercicios clínicos se basan en enfermos con padecimientos poco frecuentes pero en los que la terapéutica pueden manifestar una acción benéfica. Por fin, quedarían los casos raros, muy complicados, incluso exóticos o incurables que forman parte de un ejercicio médico de excepción.

Esta filosofía en principio, representa el compromiso de formar médicos generales orientados para proporcionar la mejor atención clínica a los enfermos con padecimientos frecuentes y de escasa complejidad.

Adelantándose con mucho a los tiempos o quizás tratando de romper una tendencia cientificista que a partir de la segunda guerra mundial invadió a nuestro país, probablemente como consecuencia de las influencias de la escuela norteamericana, el maestro Fournier promovió con gran convicción la implantación de una educación humanística como uno de los fundamentos de la verdadera medicina. Recupero sus palabras: "formar médicos... que adquieran conocimientos básicos no sólo de las ciencias médicas tradicionales, sino del hombre, su sociedad y sus leyes así como de las condiciones particulares del país y de la historia y la evolución de la medicina... es

contribuir a capacitarlos para la práctica del arte científico que es la profesión médica, la cual es al mismo tiempo una profesión científica, técnica, asistencial y humanista"

Esta fue una respuesta de la época contra la amenaza de la llamada deshumanización de la medicina, de la "cosificación" del enfermo, de la despersonalización, de la carencia del sentido de responsabilidad de muchos profesionales, hasta del problema de los costos económicos crecientes que por reales o pretendidas razones de tecnología o de eficientismo científico desviaban la atención del clínico fuera de los intereses concretos del paciente. La tesis humanística del doctor Fournier no desecha los grandes avances científicos; por el contrario, plantea su máximo aprovechamiento pero en favor de los seres humanos, de los enfermos y los sanos por igual, de la sociedad como un todo y de la respuesta de la sociedad que son los servicios de salud para el reforzamiento del bienestar humano.

En la práctica, el doctor Fournier impulsó, para estos fines, la enseñanza de la psicología médica, de la sociología médica, de la medicina preventiva y de la psiquiatría; se abrieron entonces amplios horizontes para asuntos tan importantes como las relaciones interpersonales, las potencialidades de la salud, el desarrollo mental y social del hombre y los progresos en aspectos médico-sociales. Son todos problemas que tienen como denominador común la solidaridad humana y el interés por el prójimo. En este sentido conviene citar al maestro "si deseamos estimular el humanismo, si deseamos que el médico mexicano se interese en la sociedad en que vive, si deseamos que sea un verdadero humanista activo, que comience por ser humano consigo mismo; debemos indudablemente buscar que se interese por sí mismo, por su desarrollo armonioso y sano, por superar sus deficiencias, sus problemas vocacionales, de técnicas de estudio, sus actividades inmaduras frente a muchos aspectos de la vida y, en síntesis, que se haga, él mismo, un hombre, en todo aquello que éste tiene de valor específico, de superior y de humilde, de ciudadano y de profesionista

Con la introducción o con el refuerzo de las materias humanísticas fundamentales se dio desde entonces al plan de estudios de la escuela, una estructura equilibrada entre lo científico, lo técnico, lo asistencial y lo social. Otra característica del cambio fue la proposición de que las disciplinas humanísticas fueran integradas a lo largo de toda la carrera y se evitara su impartición en un lapso determinado. Este proyecto no prosperó; la tendencia de nuestra educación médica a la impartición de las asignaturas impidió la propuesta de integración y coordinación que hubiera resultado muy saludable en la formación de los futuros médicos.

Otro logro importante promovido en 1959 durante la administración del doctor Fournier fue el de conso-

lidar programáticamente el denominado “internado” que correspondía a las antiguas “prácticas de hospital” culminación habitual del proceso educativo formal. La tendencia tal como se señaló en ese momento quizás no se adapta a la realidad actual pero fue un indudable avance. Se aceptó entonces la necesidad del internado adecuadamente programado como indispensable para garantizar el adiestramiento de los estudiantes de medicina; sin embargo, se reconocía que sólo en los hospitales existían los maestros adecuados, los distintos tipos de pacientes y los recursos para su manejo; de esta manera, las prácticas de hospital fueron transformadas en el llamado “internado rotatorio”, de tiempo exclusivo, permitiendo al estudiante pasar por los cuatro servicios fundamentales, medicina interna, cirugía general, gineco-obstetricia y pediatría.

Las bases del internado en rigor son las de permitir al estudiante entender la medicina como un proceso integrado, no la simple suma de cada una de las asignaturas impartidas sino la oportunidad de estudiar los enfermos con gran diversidad de problemas en las distintas áreas de su fisiología, de su psicología y hasta de sus relaciones sociales. Por otro lado, el internado puede ser una etapa donde se confronten los conocimientos teóricos y los conceptos adquiridos a lo largo de la carrera o la realidad de los problemas cotidianos con las severas restricciones que pueden imponer la propia naturaleza de la enfermedad o las serias limitaciones de recursos en los servicios. Asimismo, el internado representa una oportunidad para adquirir la conciencia en cuanto a la solución de un problema determinado o el de referir el caso siempre con una adecuada supervisión, al nivel donde puede resolverse.

Los tiempos han corrido; el internado al consolidarse permitió abrir nuevas vistas en el campo del

adiestramiento clínico. Ya no se sostiene en forma obstinada que la única práctica sea la que se realiza en el hospital; miles de estudiantes han llevado a cabo importantes labores en el ámbito de las consultas externas de hospitales, e incluso en el del trabajo clínico y ambulatorio y del domiciliario característico de los centros de salud. La parte médica sigue siendo la más importante pero no la única ya que el internado se complementa con aspectos de los campos psicológico y social; el estudiante alcanza así sus objetivos de aprendizaje y además actúa como parte del personal de salud ofreciendo un servicio a la población necesitada.

La obra iniciada por el doctor Fournier en la Facultad de Medicina de la UNAM se difundió a muchas de las escuelas y facultades del país. De los progresos alcanzados en esa época quedan aún huellas profundas en las estructuras educativas; pese a los enormes adelantos de la ciencia y la tecnología, de los profundos cambios sociales ocurridos en estas últimas décadas y de las cambiantes necesidades y demandas de la población, las bases filosóficas que modificaron el espíritu de la docencia médica siguen vivas y presentes en los grandes propósitos de las escuelas de medicina, en la expresión de sus objetivos, en la definición de sus compromisos con la sociedad.

La enorme fuerza de la doctrina del maestro Fournier se basa en su concepto unificador: todo es uno, ciencia, arte, sociedad, medicina, la vida misma, todo alrededor del interés y el amor por la humanidad.

Tal es el legado del doctor Raúl Fournier, Director de la Facultad de Medicina: la única razón y motivo de los afanes de los médicos son los seres humanos y su bienestar; los profesores, los maestros y educadores médicos deben cumplir, con excelencia, la parte que les toca del compromiso para alcanzarlos. ...